

Acercarnos a Dios con fe

“Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: lo quiero, queda purificado. En seguida, la lepra desapareció y quedó purificado”.
Mc 1,41-42.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Una cosa era tener la autoridad, pero otra tener la voluntad. Jesús recorría todas las aldeas enseñando y haciendo milagros. En dichos casos la fe se pone un poco difícil para nosotros. A veces no sabemos bien qué pedir o qué querer. No sabemos si orar de una manera o de otra, si pedir una cosa o la otra. Pero el leproso sabía bien cuál era su necesidad. No se dejó vencer por la incertidumbre. Hizo lo que debió hacer. Ya fuera que Jesús, tuviera o no, la voluntad de sanarle, él se presentó y pidió su ayuda.

El acercarse a Dios con fe es un ejemplo de querer y es por eso que Marcos dice que cuando el leproso se le acerca a Jesús lo hace con confianza y una fe formidable: “Si quieres, puedes limpiarme” (v.40). Hay confianza de su autoridad y le sitúa al frente lo que hay. “Quien no sabe llorar, no sabe reír y, por lo tanto, no sabe vivir. Jesús sabe que, en este mundo de tanta idoneidad, envidia y tanta agresividad, la verdadera felicidad pasa por aprender a ser pacientes, a respetar a los demás, a no condenar ni juzgar a nadie. El que se enoja, pierde, dice el refrán. No le des el corazón a la rabia, al rencor. Felices los que tienen misericordia. Felices los que saben ponerse en el lugar

del otro, en los que tienen la capacidad de abrazar y de perdonar”, palabras del Papa Francisco.

“Quiero, queda purificado”, enunciado enérgico del leproso, marginado, sencillo y humilde, a la respuesta del Señor. La conciencia del leproso era evidente, su cuerpo era horrible a la vista de los hombres, olía mal, era excluido de la sociedad y condenado a llevar una campaña que avisara de su presencia a los demás. Sabía que no podía cargar con esa cruz de sufrimiento solo, que superaba sus fuerzas.

“Se acercó a Jesús un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: Si quieres, puedes purificarme. Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: Lo quiero, queda purificado. En seguida la lepra desapareció y quedó purificado. Jesús lo despidió, advirtiéndole severamente: No le digas nada a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio. Sin embargo, apenas se fue, empezó a proclamarlo a todo el mundo, divulgando lo sucedido, de tal manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en ninguna ciudad, sino que debía quedarse afuera, en lugares desiertos. Y acudían a Él de todas partes” (Mc 1,40-45).

Jesús sana a un leproso, este es el primer encuentro de Jesús con un leproso en los Evangelios. Se tira de rodillas frente a Jesús, y le grita con gemidos: Jesús, “si quieres puedes curarme”. Sabía patentemente qué era lo que tenía que hacer. Será que también intento gritar junto al leproso marginado y débil, ¡si quieres puedes curarme! Con la conciencia de que la lepra de mi corazón se debe sobre todo al rencor que tantas heridas han producido en mi alma.

Jesús ha iniciado su primer viaje misionero por la tierra de Galilea, un viaje que duró semanas, incluso puede que meses, recorriendo las ciudades y aldeas, y anunciando la Buena Noticia de salvación de parte de Dios (esperanza, perdón y reconciliación) por medio de la fe

en su persona. El perdón que no he sabido proveer. El rencor que se ha adherido a mi carne. Jesús, de rodillas ante Ti, te pido que sanes mi corazón, no puedo vivir así, esta lepra me consume. No me siento con la fuerza para cambiar, pero sé que una sola palabra tuya bastará para sanarme, pues, la persona que se aproxima a Jesús lo hace con confianza: “Si quieres, puedes limpiarme”. Jesús, sintiendo compasión, hace lo que puede hacer: Le toca. Al que era impuro, le cura ser tocado. Al que era excluido le cura ser aceptado.

El leproso desgarró ese código al acercarse a Jesús, y Jesús rasgó el suyo al tocar al leproso. Pero, después de curarlo, Jesús cumplió la ley enviando al hombre al templo para que el sacerdote formalizara su reinstalación en la comunidad. Jesús observaba la Ley cuando era de ayuda para la gente.

La lepra era un término que abarcaba una variedad de enfermedades de la piel. En la ley judía, cualquiera de esas enfermedades, o todas ellas, volvían impura a la persona. A menudo a los leproso se les aislaba de la sociedad para que no infectaran a otros. Que Jesús tocara a un leproso fue chocante. Pero en esa forma Jesús muestra su cercanía con nuestras necesidades.

Jesús trae salud, porque toca, acepta y acoge: ‘Quedó limpio’. ¿Cuál es la lectura que le hacemos de esto? Mirando a Jesús que no podemos quedar fríos ante las situaciones y dolores que soporta el otro. Luego en que no podemos callar la bondad de Dios. Aunque Jesús le pide silencio, las cosas grandes que percibe aquel que ha sido amado y curado, desde su debilidad, no puede callarse. Sin mala voluntad, el personaje del pasaje bíblico desobedece a Jesús proclamando a los cuatro vientos la misericordia que Dios ha tenido con él. Y no es para menos. El bien se difunde. El agradecimiento es difusivo. El corazón agraciado no puede callar.

Insinuemos unos aspectos primordiales en la reflexión pastoral, teológica y bíblica del leproso marginado y acostumbrado al desprecio y

rechazo permanente, que descubre en Jesús señales a comprensión, misericordia, amor y se le acerca confiado.

1. ¡Si quieres, puedes limpiarme!
2. Una mirada rápida
3. Rompe todas las barreras
 - a. Qué hizo el leproso
 - b. La condición del leproso
4. Otro enfermo hoy, ¿y tú?
 - a. Solamente Jesús
 - b. Qué hizo Jesús
5. Todos somos diferentes

El Señor se vale muchas veces de los débiles para abatir a los poderosos. La debilidad de actitud se vuelve debilidad de carácter. Quién lo diría, los débiles de veras nunca se rinden. Pues, hay momentos en la vida que recapacitamos en todo lo que hemos recibido y que, desde ahí, como al leproso marginado y débil, te surja el reconocimiento. A él le llevó a pregonarlo a los demás. A ti, ¿a qué te puede llevar?

1. ¡Si quieres, puedes purificarme!

La acción de Jesús sobre el leproso es de responsabilidad de Iglesia ¿A quiénes consideramos leproso en este momento? ¿Somos competentes de pedir ayuda cuando la requerimos? Cuando percibimos una situación difícil ¿juzgamos sin saber, pasas de largo o te paras a ver si puedes socorrer? ¿Pones en manos de Dios tu vida o prefieres ir por ahí libre? La libertad es compartir todas las cadenas que utilizan nuestros hermanos.

Al escuchar con curiosidad la oración del leproso: “Si quieres puedes sanarme”. Y las palabras de Jesús: “Quiero. Queda limpio” ¿Qué te dice este intercambio de palabras sobre las convicciones y sentimientos del leproso, como también sobre Jesús? ¿Has visto este modelo en tus propias oraciones de petición?

Qué actitud de humildad del leproso que se acerca a Jesús de rodillas y le pide que lo limpie de su enfermedad. Destaca también una actitud que cuenta con la libertad de Jesús. El leproso no le reclama a Jesús ser un Dios milagroso o todopoderoso. Sólo pone su confianza en Él, sino que además le estimula a que en su libertad considere la posibilidad de limpiarlo. El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo.

Esta escena ocurre cuando Jesús está predicando en Galilea y en ese instante llega el leproso marginado y débil a solicitarle ayuda, cayendo de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes purificarme”. La herida es el lugar por donde la luz entra en ti y Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero, queda purificado”. En seguida la lepra desapareció y quedó purificado. Libre y limpio quedó el leproso.

La libertad es siempre
peligrosa, pero es
lo más seguro que
tenemos.

No dejes que nadie te juzgue, ama sin condición y sin reservas. Al juzgar anunciamos que la lepra es conocida en la antigüedad como la “enfermedad de Hansen en el mundo”. Desde las más remotas épocas se ha hablado de ella, ya sea en la Biblia, en los relatos de las Cruzadas o de las expediciones en la Edad Media y luego en la Época Moderna y del Renacimiento.

El pasaje de Marcos revela dos enfermedades presentes en tiempos de Jesús: La enfermedad de la lepra, que dañaba y hacía impura a la persona y, la enfermedad de la soledad, a la que era condenado por la sociedad y por la religión quien padecía esta enfermedad. En este momento la buena noticia llega acogiendo y curando al leproso, así Jesús manifiesta un nuevo rostro de Dios.

La soledad se admira y desea cuando no se sufre, pero la necesidad humana de compartir cosas es evidente. Nuestro gran tormento en la vida proviene de que estamos solos y todos nuestros actos y esfuerzos tienden a huir de esa soledad. Saber escuchar es el mejor remedio contra la soledad y eso fue lo que logró el leproso en su petición.

¡Si quieres, puedes limpiarme! subraya la actitud de humildad del leproso que se acerca a Jesús y le pide que lo limpie de su enfermedad. Acentúa el valor también una actitud que cuenta con la libertad de Jesús.

Atrayente ver todo el proceso que se vive en torno a este milagro y destacar cómo el encuentro con Cristo transforma, sana y conlleva alegría, y desborde de gozo por la salvación encontrada, lo que a su vez implica testimonio, predicación, y bendición.

Cualquier forma de amor que encuentres, vívelo con libertad.

El ser humano comienza en este mundo llamado por Dios y recorre un camino de amor, una aventura apasionante de la libertad y en un discernimiento de vida nos sentimos invitados como Jesús en nuestra libertad para limpiar lo que no está sano en nuestra vida; vivamos la humildad y la confianza de aquel que acude a Jesús para limpiarlo, porque tenemos necesidad de la acción salvadora de Dios.

Hay pasajes en la Biblia que mencionan la curación de leproso y en Marcos, subrayamos la curación de uno de ellos. La lepra era y sigue siendo una enfermedad pavorosa, porque prescindía de la comunión con el Pueblo de Dios. El leproso, además, de ser un castigo de Dios, era un enfermo del que había que huir, en nombre de la ley y de la higiene.

En pasajes bíblicos varios precisamos que la lepra fue más bien manejada para justificar los milagros de Jesús, quien curó a numerosos enfermos del mal acreditado con ese nombre. Se corrobora la percepción ya conocido que el nombre “Mal de Lázaro” fue mal aplicado ya que Lázaro, hermano de Marta y María, no fue leproso. El posible leproso fue el mendigo que comía las migajas del rico Epulón y era contemporáneo probablemente de san Lázaro.

2. Una mirada rápida

Jesús es el único que puede sanar tu vida. No interesa lo terrible de tu condición, la gravedad de tus pecados, ni el terrible dolor de tu corazón. La lepra no fue obstáculo para el poder de Jesús, y tu condición tampoco será obstáculo para Él. La lepra en la Biblia no era lo que hoy se conoce por ese término, era el nombre genérico para cualquier enfermedad escamosa y repulsiva de la piel. La primera palabra connota una profunda y desgarradora compasión, la cual se manifiesta a sí misma en el extraordinario gesto para un hombre de ese tiempo, de tocar a un leproso. Entonces ¿cómo tratamos a los demás? La enseñanza está con Jesús, Maestro, fiel que trata con amor a todos.

El compromiso es el precio de la libertad. Al Señor solicitarle que nos regale la gracia de abrir más nuestro corazón para apoyar con comprensión, misericordia y amor al prójimo. A su vez una fortaleza con coraje para mirar el perfil la realidad, ya que, nos damos cuenta de que son muchos los leprosos marginados que mantenemos a distancia.

Si no tienes la
libertad interior,
¿qué otra libertad
esperas poder tener?

El leproso no pidió riquezas, ni esperanzas, ni amor, ni un amigo que le comprenda; todo lo que pidió es quedar limpio, es decir, el cielo sobre él y un camino a los pies. La intención del pasaje de Marcos es acentuar que no todo lo que se describió como lepra en los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento existió o tuvo que ver algo con la escrupulosa “enfermedad de Hansen”. Los libros sagrados analizados y verificados dan razón que la palabra lepra o a la que se hace mención a ella y a la verdad no podríamos afirmar con certidumbre si aquello de lo que se habla o menciona corresponde a lepra.

En aquel momento el sentir ya expresado por distinguidos investigadores de la enfermedad que en aquellas remotas épocas se llamaba o calificaba como lepra a cualquier manifestación dermatológica, qui-

zás sarnas, piodermitis y hasta vitiligo, como veremos posteriormente. Sabiendo que los obstáculos y las dificultades desaparecen como por arte de magia ante quien tiene paciencia y perseverancia. Como los dos grandes guerreros del planeta: la paciencia y el tiempo.

Es indiscutible, que en ninguno de los casos notables se hace mención a uno de los síntomas y signos mayores de la Hanseniasis como es la anestesia o en el mejor de los casos a la presencia de nódulos, tubérculos o retracciones tendinosas, mano en garra. Aproximadamente todos los casos distinguidos son de llagas o úlceras difusas, manchas blancas en el cuerpo pero que se asocian con cabellos también despigmentados lo cual da una evidencia clara que se estaba hablando de vitiligo.

No hay certeza precisa que todas las enfermedades de la piel aludidas en algunos textos bíblicos hayan correspondido a dicha enfermedad. Esto no niega desde luego la antigüedad de la dolencia. En el Antiguo Testamento la enfermedad llamada lepra fue considerada más bien como ‘castigo del Señor’, pero son loables las medidas dadas para su control tanto en el enfermo como en su ambiente.

Es desconsolado y triste verificar como en una comunidad se toma casi siempre el camino más fácil del rechazo frente al elemento extraño que molesta, crea problemas, representa una amenaza para la tranquilidad en vez de responder con amor y confianza, y elegir la vía del diálogo y de la paciencia.

Entre todas las imposiciones, la más cruel era la que obligaba al leproso a proclamar su impureza. Caminará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: ¡Impuro, impuro! Tiene el deber de advertir a los otros su peligrosidad social, ponerlos en guardia contra la propia persona infectada, a invitarlos a permanecer a distancia.

A esta lógica del egoísmo se opone la lógica de Jesús. No le recomienda al leproso que es justo que aceptes la condición deshonrosa por razones de salud pública y por la salvación del alma, sino que le

dice: “Quiero, queda limpio”. No le exhorta ten paciencia, aguanta, sino que le hace entender: No se puede aceptar, ni soportar que te sigan intimando de esta manera, que aguantas esta vergonzosa diferencia. Dejémonos envolver por la misericordia de Dios. El amor es ver a Dios en la persona de al lado, y el juicio es ver a Dios dentro de nosotros. Dar es algo que no tiene nada que ver con el sacrificio, con el sentido del deber o con cualquier idea de vida, sino con el puro placer de dar, porque es un acto alegre que sólo puede proceder de un lugar pleno de amor.

Antes de fijarnos en el comportamiento y las palabras de Jesús, miremos lo que sucede en el interior de nuestro Señor. “Conmovido extendió la mano y lo tocó” (v. 41). La lepra desapareció y quedó purificado. Jesús enfrenta al contagio, no evita el contacto con el impuro. No duda en infringir el reglamento, romper el cordón benéfico, hacer saltar los mecanismos de exclusión. Jesús en su Palabra aparece como uno que suprime las fronteras, -es el Camino-, tira los muros de separación, salta por encima de los prejuicios, no acepta las diferencias entre nosotros. A los ojos de Cristo solamente existe el hombre sin adjetivos, con quien entablar una relación, una amistad, un intercambio. Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso.

Justicia sin misericordia es crueldad y siendo sinceros hay que reconocer que nos cuesta aceptar y acoger los leprosos marginados y débiles que están a nuestro lado, los que nosotros convertimos en lacerados. Los que no comparten nuestras ideas, los que no nos son simpáticos, se muestran aburridos o inoportunos, nos fastidian con sus problemas, nos molestan con sus miserias, no respetan nuestros programas, nos interrumpen poniendo en discusión nuestra comodidad y nuestros privilegios.

Nadie puede tocar la cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida. Ojalá resonáramos que Jesús padeció y fue crucificado por los pecados del

mundo, dando así a cada uno de los hijos de Dios el don del arrepentimiento y del perdón. Sólo por medio de su misericordia y su gracia estamos llamados a salvarnos. Su posterior resurrección preparó el camino para que cada persona pudiera superar también la muerte física. A estos acontecimientos se les denomina la Enmienda. Jesús nos salva del pecado y de la muerte.

En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo.

3. Rompe todas las barreras

Jesús desgarró todas las barreras. La sensibilidad levanta una barrera que no puede salvar la inteligencia. El leproso creyó en Él. Si bien parece dificultoso en actuar en el momento Jesús lo hace, ya que Él es la vida que salva. ¿Se parece mi fe a la del leproso? ¿Busco integrar a los marginados? ¿Experimento la salvación del Señor y soy profeta? Las barreras entre la realidad y la ficción son más porosas de lo que creemos; un poco como un lago congelado. Cientos de personas pueden caminar por encima, pero una tarde aparece una zona más delgada y alguien cae a través; el agujero vuelve a congelarse a la mañana siguiente.

Jesús rompe todas las barreras, al salir de Cafarnaúm y recorre todas las aldeas de Galilea predicando la Buena Noticia del Reino de Dios. Aquí se presenta la escena del leproso sencillo y humilde; recordemos que los leprosos eran muertos en vida, marginados social y religiosamente, ya que la lepra era una enfermedad y una muralla que separaba, aislaba y que sólo Dios podía curar. Dios es más grande que cualquier enfermedad, esa es una de las certezas que tenemos sus hijos. No ha habido ni jamás habrá una enfermedad o pandemia que sea más poderosa que nuestro Dios. ¡No lo dudemos!

Cuando Jesús comenzó su ministerio público, Él no solo se dedicó a enseñar y a anunciar la Buena Noticia del Evangelio; sanó todo tipo de enfermedad, dolor, condición física o espiritual. Su ministerio

abarcaba tanto anunciar el Evangelio como ministrar sanación a los enfermos. Esto lo hizo por toda la región de Galilea y su fama se extendió.

La gente se dio cuenta de que Él tenía poder. Marcos presenta una vez más a uno de esos hombres que se acercó a Jesús para que le curase. Como los demás, reconoció en Cristo al Salvador. Pasó por su vida y creyó en Él como en el único que podía remediar sus males. En esta ocasión se trata de un leproso débil.

La compasión y misericordia es la marca central de Jesús y debía ser también la de aquellos que nos decimos sus discípulos. Para Jesús el caso no mostraba novedad. Lo que sí impresiona es que el leproso se expresa en unos términos inauditos: “Si quieres, puedes purificarme”. ¿Sería posible que Cristo no quisiese? Si así sucediera estaríamos perdidos. Fuera de Cristo, ¿dónde puede encontrarse la salud?

Lo interesante es que Jesús permitía que se acercaran a Él. Él no obligaba a la gente a mantener la distancia. ¡Todo lo contrario! Los dejaba acercarse y los sanaba. ¡Aprendamos de ellos! Acerquémonos a Jesús con nuestras peticiones, llevemos nuestras enfermedades y dolencias ante Él. Él tiene sus brazos abiertos, está dispuesto a recibirnos y a obrar en nosotros.

En la invitación que hace Jesús al leproso, le dice:

“

No le digas nada a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio”.

Esto bastaría el silencio y la contemplación, pero ante semejante hecho ¿Cómo permanecer inmóvil y callado? La desobediencia del sanado ocasionó sus estragos, ya que Jesús no podía llegar a algún lugar sin ser abordado por los enfermos y sus parientes.

El leproso no se presentó con su petición con las torcidas finalidades de los fariseos:

“

Tú puedes curarme, porque todo te es posible. Si no me curas es porque no quieres. Si no quieres no eres bueno. Y si no eres bueno, ¿cómo haces milagros? Con el poder de los demonios”.

Él conoce a Cristo y sabe lo que hay en su corazón. Por eso se arrodilla. Por eso dice si quieres. Su fe es creer en que Cristo le ama. El leproso con humildad y profunda fe se acerca, cae de rodillas y se entrega a la voluntad de Jesús, él sabe que Jesús lo puede sanar, pero le dice “Si quieres, puedes purificarme”.

Cuando el leproso sanado fue al templo, los sacerdotes seguramente tuvieron que acudir a la ley para refrescar la memoria en cuanto a la clase de sacrificios que debían ofrecerse cuando un leproso era sanado, pues ya habían transcurrido varios siglos desde que algo así había ocurrido en Israel.

“El Señor dijo a Moisés y a Aarón: Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca una llaga como de lepra, será llevado ante el sacerdote Aarón, o ante uno de sus hijos sacerdotes. Se trata de un leproso: Es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El enfermo de lepra andará con la ropa rasgada y la cabellera desgreñada, con la barba tapada y gritando: ¡Impuro, impuro! Mientras le dure la afección, seguirá siendo impuro. Es impuro y vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento” (Lv 13,1-2.44-46).

El Maestro de Nazaret se conmueve y, sabiendo que no se debe tocar a un leproso, porque se adquiere impureza, extiende amorosamente su mano y lo toca y le responde “Lo quiero, queda purificado” y pasa

lo increíble, Jesús no sólo no queda impuro, sino que transmite su pureza al leproso y él queda sin lepra y purificado; el hombre excluido ahora es incluido, el marginado es ahora reintegrado, el hombre destinado a la muerte ahora recupera la vida.

Este hecho es una gran revelación que el hombre purificado no puede callar, a pesar de la orden del Señor, porque el que experimenta el poder salvador de Jesús, necesariamente se convierte en profeta.

Jesús es movido por la compasión y misericordia; sus intervenciones en favor de los enfermos agobiados por diversas dolencias no conocen límites territoriales, distinciones de razas, credos, o tiempos; se atreve a curar en sábado, suscitando la ira de los judíos, pone en el centro a la persona humana. Al curar a los enfermos les devuelve su dignidad, los reincorpora en la sociedad de la que eran marginados. Jesús no realiza signos milagrosos para llamar la atención de la gente, ni para hacerse famoso. Sus signos dan testimonio de que Él es el Mesías enviado de Dios. La descripción de algunos milagros hechos pone en evidencia ciertos elementos presentes en la religiosidad popular de la gente sencilla y humilde, el leproso.

a. Qué hizo el leproso

A pesar de todo lo que el leproso sabía, quién pasaba cerca de donde él estaba era Jesús, la persona que estaba sanando a todo el pueblo. No podía desaprovechar tal oportunidad, por lo cual se arriesgó a saltar todas las reglas conocidas: no gritó que era un leproso y tampoco se apartó de los que estaban sanos, sino que se acercó a Jesús suplicando por un milagro y se postró ante quien lo podía realizar.

Su compasión lo movió. Las heridas más dolorosas que traemos desde el pasado pertenecen más al espíritu que al cuerpo. La que más nos causa dolor de esas heridas espirituales es la creencia de que somos insignificantes. En esta escena de Marcos, escuchamos las palabras de Jesús al leproso, su preocupación de sanar la herida marcada

por el pasado. Marcos hace dinámico ese suceso: un leproso, que debía estar alejado de todos para no contagiar, se atreve a acercarse a Jesús pidiéndole quedar limpio. Jesús, en vez de huir de él espantado o recriminarle, lo toca y lo cura, llenándolo de alegría.

En estos tiempos hay tantas personas que buscan la curación de sus dolencias y enfermedades. El deseo no debe ser tocar el manto de Jesús sino tocar a Jesús en persona, en su cuerpo, alma y divinidad, entrar en comunión con Él. Es posible en la Eucaristía donde se nos da su cuerpo y sangre y en el encuentro con el marginado, haciéndonos cargo del cuerpo llagado de un enfermo, pues sus llagas son las llagas de Cristo, su carne es también carne de Cristo que nos cuestiona e interpela.

No había ninguna justificación porque los leprosos considerados impuros infectaban. No se puede dudar que Cristo conoce al leproso y por eso lo amaba y le solicita su curación. Señor, “si quieres, puedes purificarme”, Jesús concibiendo piedad; extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero, queda purificado”. Qué ejemplo de Jesús. Se entrega plenamente, se involucra en el dolor y la necesidad de la gente, simplemente, porque Él sabe y quiere padecer con, porque tiene un corazón que no se avergüenza de tener compasión.

El castigo del pecado, la lepra. Los enfermos eran malditos de Dios. Había algunas exigencias propias para ellos: No podían entrar explícitamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado. Esto representa que, además de curar al leproso, Jesús ha tomado sobre sí la marginación que la Ley de Moisés asignaba. La compasión lleva a Jesús a actuar, a integrarlos a la comunidad y ser valorados. Este es el ejemplo que la Iglesia presenta a los seguidores del Señor: compasión y misericordia con los marginados.

En Jesús no hay temor a infectarse, quiere asumir el sufrimiento del otro, pero paga el precio con todas las consecuencias. La compasión lleva a Jesús a actuar: Jesús, en su vida, se ubica entre los marginados y, desde allí, anuncia a todos la buena noticia de que “Dios es amor”

y convertirse a ese amor que nos es dado gratuitamente, sin mérito nuestro, es una invitación dirigida a todos sin excepción, a convertirse a las preferencias de Dios. De allí, que la universalidad del amor de Dios se expresa justamente en su preferencia por los pobres, para que nadie quede excluido de ese amor.

Al conferenciar sobre la marginación expresamos que Moisés tratando jurídicamente la cuestión de los leprosos, pide que sean alejados y marginados por la comunidad, mientras dure su mal, y los declara: impuros. Imaginen cuánto sufrimiento y cuánta vergüenza debía de sentir un leproso: físicamente, socialmente, psicológicamente y espiritualmente. No es sólo víctima de una enfermedad, sino que también se siente culpable, castigado por sus pecados. Es un muerto viviente, como si su padre le hubiera escupido en la cara.

b. La condición del leproso

Hemos ajustado que es Jesús quien rompe todas las barreras de la época y ofrece su comprensión y misericordia. Ser agradecidos es más que una norma de educación, el agradecimiento es una forma de cruzar fronteras para llegar a un plano más emocional, personal e incluso espiritual. El leproso pasó esa frontera de agradecimiento con sus palabras:

“

Señor, si Tú quieres, puedes cambiarme. Ya que, no quiero presentarme delante de Ti como una persona buena, sana, autosuficiente. Vengo ante Ti como el leproso, necesitado de tu fuerza, de tu salud, de tu gracia. Tócame y sáname de todas mis enfermedades del alma: De mi egoísmo, de mi soberbia, de mi vanidad, de mi indiferencia ante los problemas de los demás. Mi enfermedad consiste en no entregarme a ti del todo. Esto hace que mi entrega a los demás sea

tan mezquina. Ayúdame, cuídame, sáname. ¿De qué enfermedades le cura el Señor? De la enfermedad física de la lepra, terrible enfermedad que, en medio de los dolores, veía caer la piel a trozos. Luego de la cura asimismo de la enfermedad social. Al ser enfermedad contagiosa, a estos enfermos se les separaba de la sociedad, vivían apartados, y cuando alguien se acercaba tenían que gritar: Soy impuro. Sobre todo, de la enfermedad espiritual, la más cruel. En palabras de Jeremías ¡Devuélveme la salud, Yahvé, y quedaré sano! ¡Sálvame y estaré a salvo! Pues mi esperanza eres tú” (Jr 17,14).

Hasta ese momento se profesaban que la enfermedad era castigo del pecado; los enfermos tenían la sensación de que Dios estaba lejos y no los podía escuchar. Este leproso se acerca a Jesús con respeto: Si quieres. No se acerca en plan de reclamación sino en plan de necesidad. Jesús le dice: ¡Quiero! Con este quiero curamos los tres tipos de lepra existentes hasta el momento:

- **La lepra física**, se acerca a Él hasta quebrantar la ley que prohibía tocarle. Jesús no le cura por lástima, sino por la ternura de su corazón, por la emoción que siente al verlo tan desvalido.
- **La lepra social**, lo incorpora a la sociedad y lo hace una persona normal que se puede ya comunicar con todo el mundo.
- **La lepra espiritual**, al tocarle algo prohibido por la ley, le está hablando de la cercanía de Dios con él. Dios nunca ha dejado de quererle, al contrario, ha estado más cerca de él precisamente por estar más marginado y débil.

El leproso no era un enfermo más, sino alguien completamente marginado del ambiente social; su presencia era rechazada, producía asco y despertaba tremendos temores. Era alguien de quien todos

escapaban. Pero con Jesús las cosas fueron diferentes, cambió las normas de juego y les invitó amarse mucho más.

Si quieres puedes curarme, muestra la profunda convicción sobre el poder de Jesús que había en el leproso, la misma actitud que Jesús espera de todos los que se acerquen a suplicar su auxilio. Y, Jesús lo tocó, cosa que nadie se atrevía a hacer, porque todos tenían temor de contagiarse; y ese toque de Jesús no sólo sanaba al leproso de la perturbación física, sino que le hacía redescubrir su dignidad.

Este tema de la lepra en Marcos es usual y nos damos cuenta que Jesús hace un milagro deslumbrante, pero pidió que se mantenga en secreto, porque no quiere que lo vean como una especie de curandero más, sino que se abran a su palabra y lo acepten como el Mesías que viene a salvarnos presentándose como un servidor humilde; Él es el Siervo que terminará entregándose en la cruz. Si bien era rechazado por las autoridades, en el pueblo sencillo Jesús despertaba una irresistible admiración y tenía un prestigio popular que se difundía cada vez más.

En Jesús se cumplieron las profecías del Antiguo Testamento sobre el Mesías. Estas anunciaban que el Mesías traería salvación y sanación. En una de ellas, Isaías profetizó sobre lo que sucedería con la llegada del Mesías:

“ Se abrirán entonces los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; saltará el cojo como un ciervo, y gritará de alegría la lengua del mudo. Porque aguas brotarán en el desierto, y torrentes en el sequedal” (Is 35,5-6).

¡Y exactamente eso fue lo que sucedió durante el ministerio de Jesús! Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas,

anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia.

Después de que Jesús resucitó, y antes de subir al cielo, Él encomendó a sus discípulos y les dijo lo que esperaba que hicieran. Ellos debían llevar su Evangelio, sus buenas nuevas, a todas las criaturas. Junto con ese mandato Él les dio una seguridad: Llenos de poder y grandes señales en su nombre. Estas señales acompañarán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en sus manos serpientes; y, cuando beban algo venenoso, no les hará daño alguno; pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud.

4. Otro enfermo hoy, ¿y tú?

¿Por qué necesitamos sanar nuestro interior? Son muchas las reflexiones que se hallan en el proceso de la sanación interior no bastan con aplicar técnicas psicológicas ya que sólo pueden ayudar a nivel humano, pero sin rebasar el propio campo. Se requiere una acción a nivel sobrenatural para que el Señor vaya restaurando la personalidad profundamente herida y bloqueada. Hay que dejar que Dios nos guíe y no por nuestros traumas, angustias y heridas. La mayor enfermedad hoy no es la lepra ni la tuberculosis sino más bien el sentirse abandonado y rechazado, lo expresa: Madre Teresa de Calcuta. Si persigo enfermo es porque no he querido acercarme a Dios con fe, no le he pedido que me cure. ¡Dejémonos tocar y purificar por Cristo, y seamos misericordiosos con nuestros hermanos!

Sin duda que necesitamos sanación interior. Sólo es abrir la puerta de nuestro interior y dejar que pase el Señor por nuestras vidas. Vamos dejando sanar nuestra integridad emocional de carácter y nos aproximamos a la santidad, a la cual somos llamados.

La mente es como un *iceberg*, es decir, como esa enorme montaña de hielo en el mar, que no parece grande, pero en realidad, lo que es

grande es la parte que no vemos y que está inmersa. Hay en la mente tres niveles, pero es en el nivel más profundo, el del inconsciente, donde están almacenados los hechos de nuestra vida que nos golpean. Por no saber lidiar con ellos, los empujamos allí como mecanismo de defensa; sin embargo, aún en el inconsciente, pueden influenciar en nuestras actitudes, nuestras decisiones y nuestras relaciones con Dios, con los demás y con nosotros mismos. Somos dominados por ellos. Al final arrebatan las riendas de nuestra voluntad dejando fuertes consecuencias en estallidos de humor, crisis depresivas, enfermedades psicosomáticas y comportamientos destructivos: Alcoholismo, drogas, gula, activismo y muchos placeres.

Los efectos son fáciles de reconocer, porque son varias las personas que viven continuamente en la tristeza y en la angustia; otras se desesperan por cualquier cosa e incluso llegan a intentar el suicidio. Otras son pesimistas, tímidas, miedosas, inseguras, inestables, inquietas, agitadas e insatisfechas.

Marcos presenta a Jesús en relación con la forma de enfermedad considerada en aquel tiempo como la más grave, tanto que volvía a la persona impura y la excluía de las relaciones sociales: hablamos de la lepra. Una legislación especial reservaba a los sacerdotes la tarea de declarar a la persona leprosa, es decir, impura; y también correspondía al sacerdote constatar la curación y readmitir al enfermo sanado a la vida normal.

La misericordia de Jesús y el contacto con el leproso se vence toda barrera entre Dios y la impureza humana, entre lo sagrado y su opuesto, no para negar el mal y su fuerza negativa, sino para demostrar que el amor de Dios es más fuerte que cualquier mal, incluso más que el más contagioso y horrible. Jesús tomó sobre sí nuestras enfermedades, se convirtió en leproso para que nosotros fuéramos purificados.

Jesús es el único que puede darte todo lo que necesitas, el único que sabe exactamente qué te hace falta. Solo Jesús puede llenar tu vida,

darte consuelo, proveerte sustento y llenar tu corazón de paz, de amor y de gozo. Si necesitas de Él no lo sigas dudando. Vence tus temores, acércate a Dios. Solo en Él hallarás todas tus respuestas y la ayuda necesaria.

No esperes más.
Háblale ahora. Ya que,
en algún momento de
nuestra vida, hemos
sentido como si Dios
nos ha abandonado.

a. Solamente Jesús

Si no sabes cómo orar, solo dile lo que sientes, háblale con sinceridad, sin vueltas. No te preocupes por tu léxico, Él sabrá entenderte. Solo ten confianza y comparte con Él todo lo que esté en tu corazón. Al terminar de orar solo encomienda toda tu oración en el nombre de Jesús. Cuando oras te estás dirigiendo a Dios, y no hay fórmulas mágicas. Así que, si puedes, solo cierra tus ojos, ve a un lugar en donde nada te distraiga y habla allí con Dios.

Al compendiar la narración de Marcos ¡Todo es posible para el que tiene fe! El leproso. Dios no está, como pretendíamos, para darnos explicaciones de nuestro dolor y sufrimiento, sino para hacernos sentir su presencia. La fe si bien es cierto es una Luz que ilumina el camino de nuestras vidas, sin embargo, no despeja todas nuestras dudas, de ahí el grito del profeta Habacuc:

“ *¿Hasta cuándo, Yahveh, pediré auxilio, sin que tú escuches, clamaré a ti: ¡Violencia! sin que tú salves?”*
(1,2).

El mismo lamento de varios que pasan por experiencias dolorosas en su vida y tienen la sensación de estar abandonados, piensan que Dios está en silencio y no escucha sus súplicas, llegando hasta el extremo de pedir expresando ¿Dónde está Dios? Dios parece no responder, o su respuesta no es la que esperamos.

¿Cuándo terminará el sufrimiento del mundo? Aprendamos del camino de Jesús: Neutraliza el sufrimiento con amor, transforma su propia muerte con la Gloria de su resurrección y, lo mejor de todo, ofrece el perdón más allá del peso de nuestros pecados. Es de inscribir que Jesús era muy sensible al sufrimiento de quienes encontraba en su camino, marginados por la sociedad, olvidados por la religión o rechazados por los sectores que se consideraban superiores moral o piadosamente.

¿Sufro yo como Jesús, como Él? Sin duda hay que reflexionar sobre nuestro sufrimiento y alcanzar un sentido de Integridad en nuestro caminar. Es algo que debe salir de dentro. Sabe que Dios no discrimina a nadie. No rechaza ni abandona. A todo los acoge y bendice. No solo identificamos el sufrimiento de Jesús como nuestro, sino que nos hace descubrir nuestro sentido de misión para un propósito mayor.

Hay un clamor constante de Jesús sobre el cesar de las condenas: no juzguéis y no seréis juzgados. Otros momentos narra una pequeña parábola para pedir que nadie se dedique a separar el trigo y la cizaña, como si fuera el juez supremo de todos. Pero lo más admirable es su actuación. El rasgo más original y provocativo de Jesús fue su costumbre de comer con pecadores, prostitutas y gentes indeseables. El hecho es insólito. Nunca se había visto en Israel a alguien con fama de hombre de Dios comiendo y bebiendo animadamente con pecadores.

Tomamos el sufrimiento de Jesús como nuestro, su propia vida no está lejos de la nuestra. Viajó a través de los dolores y las luchas de la vida, su humanidad plenamente encarnada en la nuestra no transcurrió en un entorno sobrehumano.

El leproso llega solo. No viene acompañado por nadie. Vive en la soledad. Lleva en su piel la marca de su exclusión. Las leyes lo condenan a vivir apartado de todos. Es un ser impuro. De rodillas le hace a Jesús una súplica humilde y sencilla. Se siente sucio. No le habla de enfermedad. Solo quiere verse limpio de todo estigma: Si quie-

res, puedes limpiarme. Jesús se conmueve al ver a sus pies a aquel ser humano desfigurado por la enfermedad y el abandono de todos. Aquel hombre representa la soledad y la desesperación de tantos estigmatizados. Jesús extiende su mano buscando el contacto con su piel, lo toca y le dice: “Quiero, queda limpio”. Aquellos que tienen un corazón limpio son felices porque no dejan entrar nada de impureza a su corazón la cual los volvería infelices.

En lugar de tener un corazón lleno de impureza, ingratitud, incredulidad y malos pensamientos hacia los otros, estas personas tienen un corazón íntegro lleno de pureza y buenos pensamientos -pensamientos de agradecimiento- y de cómo bendecir a los otros. También tienen una resistencia firme contra cualquier pensamiento de egoísmo, impureza, duda y ansiedad que quiere entrar.

“

Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

b. Qué hizo Jesús

Jesús fue movido a compasión y antes de actuar por cualquier otro motivo, Jesús actuó por amor y por misericordia. Más allá de todo lo que podemos decir de Jesús, hay algo maravilloso que nunca podremos dejar de destacar: su amor por nosotros. Por dicho amor Él logró plena empatía y obró con misericordia en muchísimos casos cuando estaba en la tierra, y lo sigue haciendo hoy.

La lepra desvela un mal más profundo. En tiempos de Jesús, de inmediato decimos que era un dramático problema sanitario y social, tal

vez como lo es para nosotros la pandemia del coronavirus. Se trataba de una severa enfermedad de la piel, vergonzante y en ocasiones muy contagiosa. Jesús supo mostrarla como óptima parábola de la realidad del pecado. Como la lepra, el pecado es dañino, asocial, humillante y contagioso. Por eso, Jesús al intervenir en la curación de este leproso, y de otros que se le cruzaron en el camino, está mostrando una realidad que alcanza más allá de una sanación física.

En la narración del pasaje bíblico de Marcos está la curación de un hombre enfermo de lepra, patología que en el Antiguo Testamento se pensaba una grave impureza y que implicaba la marginación del leproso de la comunidad: Vivían solos. Su condición era realmente penosa, porque la mentalidad de aquel tiempo lo hacía sentir impuro incluso delante de Dios, no solo delante de los hombres. Por eso el leproso del Evangelio suplica a Jesús con estas palabras: “Si quieres, puedes limpiarme”.

Al oír eso, Jesús sintió compasión y misericordia del leproso. Es muy significativo fijar la atención en esta resonancia interior de Jesús. No se entiende la obra de Cristo, no se entiende a Cristo mismo si no se entra en su corazón lleno de compasión y de misericordia. Es esta la que lo empuja a extender la mano hacia al enfermo de lepra, a tocarlo y a decirle: “Quiero; queda limpio”. Impacta cuando Jesús toca al leproso, estaba cabalmente prohibido por la ley mosaica. Tocar a un leproso significaba contagiarse también dentro, en el espíritu, y, por lo tanto, quedar impuro.

La influencia no va del leproso a Jesús para transmitir el contagio, sino de Jesús al leproso para darle la purificación

Asombra el valor de Jesús y está más allá de la compasión y misericordia, que no se alarma ni del contagio ni de las prescripciones, sino que se inquieta solo por la voluntad de liberar a aquel hombre de la maldición que lo oprime.

Ninguna enfermedad es causa de impureza: La enfermedad ciertamente involucra a toda la persona, pero de ningún modo afecta o le inhabilita para su relación con Dios. De hecho, una persona enferma puede permanecer aún más unida a Dios. En cambio, el pecado sí que te deja impuro. El egoísmo, la soberbia, la corrupción, esas son las enfermedades del corazón de las cuales es necesario purificarse, dirigiéndose a Jesús como se dirigía el leproso: “Si quieres, puedes limpiarme”.

Esta actitud de Jesús toca nuestro corazón, pues, hay que mirar dentro de sí y ver las propias impurezas, los propios pecados. Al final decirle a Jesús: “Si quieres, puedes limpiarme”. Como el leproso está tan agradecido que no puede parar de decírselo a todos. Puedo estar consciente de las grandes cosas que han sido hechas para mí, y puedo, en mi oración, expresar gratitud por aquellas.

Hay confianza y fe en alguien cuando se abre el corazón. El leproso con confianza y fe se acerca buscando su curación. Todo es posible para el que tiene fe. Desde este momento el leproso marginado y débil toma conciencia que tiene que creer si quiere recibir las obras del Señor.

5. Todos somos diferentes

En la fe del leproso, “si quieres, puedes limpiarme”. Todo es posible para el que tiene fe: Esta es una de las peticiones más llamativas del Nuevo Testamento. A través de la misma leemos por lo menos dos cosas: La primera es que el leproso sabía del poder de Dios, sabía que podía curarle. Pero la segunda es que no sabía si Jesús tenía la voluntad de hacerlo.

Todos somos diferentes. Él les expresó:

“

“probablemente me vais a decir el refrán, –médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria–” (Lc 4,23).

Pedir ayuda cuesta, y más cuando existe el sentimiento de responsabilidad, pues estas acciones recaen en uno mismo. En muchos momentos no es fácil tomar la determinación, o tal vez no contamos con los recursos necesarios para empezar a poner en práctica este espacio.

Con reconocimiento y sencillez, Jesús le dijo al leproso: “Queda limpio”. La lepra para la antigua ley judía, no sólo era estimada una enfermedad, sino la más grave forma de impureza ritual. Se descubriría un símbolo del pecado, que es la impureza del corazón, capaz de alejarnos de Dios. No es la enfermedad física de la lepra lo que nos separa de Él, como preveían las antiguas normas, sino la culpa, el mal espiritual y moral.

Con todas estas condiciones antiguas imprecisas los pecados que realizamos nos alejan de Dios y, si no se confiesan humildemente, confiando en la misericordia de Dios, llegan incluso a producir la muerte. Así, pues, este milagro reviste un fuerte valor simbólico. Como había profetizado Isaías, Jesús es el Siervo del Señor que cargó con nuestros sufrimientos y soportó nuestros dolores. En su pasión llegó a ser como un leproso, hecho impuro por nuestros pecados, separado de Dios: Todo esto lo hizo por amor, para obtenernos la reconciliación, el perdón y la salvación.

Dios está presente en el hombre que sufre, se ha hecho carne de nuestra carne, ha compartido la suerte de los pobres y marginados, ha sufrido en carne propia la suprema injusticia de ser contado entre los criminales, clavado en un madero. Basta contemplar al Crucificado para darnos cuenta de todo eso.

Es muy común preguntar a los pequeños: ¿qué quieres ser cuando seas grande? Y para orgullo de los padres responden: quiero ser como mi papá. Si esta misma pregunta se la hiciéramos a Cristo durante su vida oculta en Nazaret, no cabe duda que respondería que Él sería lo que su Padre ha pensado para Él desde siempre. Prueba de ello es la respuesta que dio a su madre angustiada cuando se perdió en el templo: “Pero no sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre, no debería haber motivo de preocupación por mi ausencia”.

Hay una misión muy concreta que efectuar. Cristo desarrolló las Escrituras porque estaban en forma de pergaminos y encontró justamente aquello que el Padre deseaba de Él. “Anunciar la Buena Nueva, proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”. He ahí su cumplimiento a lo largo de su vida terrena y aunque algunos se empeñaban en no abrir su corazón a las enseñanzas de Cristo, como es el caso de los escribas y fariseos. A pesar de su obstinada actitud Cristo no desmayó en su esfuerzo por predicarles la ley del amor.

Jesús es el médico que sana y cura completamente diverso a todos los que conocemos. ¡Porque Él es Dios! Pero, además, porque Él sana todas las enfermedades, incluso aquellas que eran incurables para su tiempo; lo hace gratuitamente, con una sola palabra y enseguida; sin necesidad de medicinas ni de tratamientos; y, por si fuera poco, son absolutamente eficaces. ¡De verdad que Jesús es un médico único y diferente a todos los demás!

En las narraciones de los Evangelios siempre ubicamos a Jesús curando y sanando al enfermo. En este caso es un marginado, un leproso. Siendo esa lepra una enfermedad abominable, no sólo porque no tenía cura en tiempos de Jesús, sino también por lo desagradable de la enfermedad: Al leproso se le van cayendo a pedazos la piel, las manos, los pies, la cara y todas las partes del cuerpo.

Jesús destroza todas esas prohibiciones de la sociedad de su tiempo. Él había venido a traernos vida, y vida abundante. Él se había encar-

nado para darnos la salvación y vida eterna. Su infinita compasión y misericordia, sobre todo hacia el que sufre física o espiritualmente, no lo iba a dejar con los brazos cruzados. Acepta que el leproso se le acerque y le hable, cosa impensable para los judíos. ‘Señor -le dice el leproso- si quieres, puedes curarme’. Y, Jesús, lleno de lástima y movido a piedad, le responde enseguida: “Quiero. Queda limpio”. Y enseguida, nos dice el Evangelio, se le quitó la lepra y quedó plenamente limpio, con las carnes tersas de un niño, como en otro tiempo había sucedido también a Naamán, el sirio.

Esta es otra muestra de bondad y misericordia del poder infinito del Señor. Puesto que, lo único que hizo falta para que Él obrara el milagro fue la humildad del enfermo, su fe y su confianza en Él. ¿Nos convencemos de que ‘todo es posible para el que tiene fe’ y de que estas virtudes arrancan a Dios los mayores prodigios? Ojalá que también nosotros hagamos lo mismo.

Jesús es el único que puede sanar tu vida. No interesa lo terrible de tu condición, la gravedad de tus pecados, ni el terrible dolor de tu corazón. La lepra no fue obstáculo para el poder de Jesús, y tu condición tampoco será obstáculo para Él.

Un agradecimiento no solo se dice si no también se demuestra. Como el Leproso “Señor, yo sé que tú puedes sanarme ¿Quieres hacerlo?” Simplemente seremos capaces de actuar con humildad cuando aprendemos a reconocer a Dios en los demás. Hoy te invitamos a vigilar tus actitudes con todos los servidores con quienes tengas contacto: Expresa ‘por favor’ y ‘gracias’. Concluamos esta reflexión con este himno de alabanza:

Cada tarde se nos van los días

*“Cada tarde se nos van los días,
y cada tarde el tiempo pasa;
se acaba nuestra vida cada tarde
y miramos la muerte más cercana.*

*Déjame todavía gozar el milagro
de tu luz, de tu sol, de tus albas;
déjame gozar el milagro de sentirme vivo
y de nacer para ti cada mañana.*

*Déjame, Señor, gozar de tu milagro
al llegar una vez más la tarde mansa,
porque tú eres el Dios de nuestras horas,
el Dios oculto de nuestra esperanza”.*

Amén.

